todos los vicios morales son vicios políticos: cosa que no deben ignorar los príncipes, cuando ejecutan algunos de aquellos actos de soberanía que ofenden el espíritu general (1).» Como un gentilhombre de aquel Francisco María de Medicis, hijo de Cosme el grande, que fué despues gran duque de Toscana, le representase que tenia por poco conforme con la justicia una cosa que él le mandaba hacer, no tuvo necesidad el príncipe, para justificarse, mas que de aquellas palabras de Ecequiel: *Et dixistis: non est æqua via Domini: Audite ergo, domus Israël: num quid non magis viæ vestræ pravæ sunt* (2)? Diciéndole pues: «Pretendeis que las vias del señor no son justas; pero no son depravadas mas bien las vuestras,» le hacia comprender bastante que hay cosas que no parecen injustas á los particulares, mas que á causa de que ellos no conocen las razones que obligan al príncipe á quererlas, y que no se veria reducido á quererlas si todos los hombres fueran buenos y virtuosos.

(1) *Espíritu de las leyes*, lib. XIX, cap. II.
(2) Ezech. cap. XVIII, v. 25.

Cuantos consejos da Maquiavelo realmente á los príncipes, se fundan sobre una máxima que profesaba hace medio siglo solamente aquel Samuel Coceyo á quien el Federico, que querian hacer pasar por autor del *Anti-Maquiavelo*, confiaba al mismo tiempo el cuidado de componer el código civil para sus dominios (1). Esta máxima es que «la política no se encarga de indicar lo que es justo, sino lo que es útil. Suponiendo ella el derecho que el príncipe tiene para obrar de tal ó cual modo, le muestra las razones de utilidad que le autorizan para ello, y segun las cuales debe examinar él si le conviene usar de su derecho, ó si le es mas útil el no hacer uso de él (2).»

(1) El *Código Federico*, traducido al frances y publicado en esta lengua. *Halle*, años de 1751 y 1755.
(2) *Politica non indicat quid justum sit, sed quod utile... Politica supponit jure nos agere posse et utilitatis saltem rationes indigitat, juxta quas examinare debemus utrum nobis conveniat jure nostro uti, an verò magis utile sit jure nostro non uti.* (*Systema novum justitiæ naturalis, sive Jura Dei in hominum inter se.* Halle, 1748. § 69).

Ahora bien, si él tiene este derecho para la utilidad de sus súbditos, le tiene tambien sin duda para su propia conservacion. Las razones con arreglo á las cuales juzgamos sobre las acciones de los particulares, no son pues aplicables á las de los príncipes. « Debemos obedecerles, decia Ciceron; pero en lo que ellos hacen con respecto á nosotros ó para sí mismos, estan obligados á obedecer á los tiempos y circunstancias. (1) » Uno de los mayores ministros del consejo de Enrique IV, M. de Villeroi, confesaba que los príncipes que quieren gobernar bien « gustan mas de ofender su conciencia que su estado. » La política, decia aquel virtuoso Monck, que se mostró tan hábil en esta ciencia, cuando preparó, tanto con sus artificios como con el ascendiente de su integridad, la restauracion de Cárlos II en el trono de su padre, la política tiene reglas superiores á la inteligencia del vulgo. Varios profundos meditadores, despues de haber contemplado bien en el *Libro*

(1) *Nos Principi servimus, ipse temporibus.* (*Epist.* lib. IX).

del Príncipe, dijéron, con una justicia conocida de todos los buenos ingenios, que él no era mas que el comentario sabiamente fundado de aquella máxima de Eurípides que Julio César tenia incesantemente en la boca: « Si á veces es lícito apartarse de la justicia, es únicamente cuando no podemos gobernar bien permaneciendo invariablemente fieles á ella: en todo lo demas, nos conviene ser justos, buenos, y llenos de clemencia (1). » Pero si el príncipe no es nunca mas que esto, si cree siempre dirigirse hácia fines útiles para el cuerpo social y para sí mismo, no ejerciendo mas que actos de dulzura y clemencia con los malos, esperando falsamente mudar su corazon, ofende á los buenos, quienes, creyendo ver á los otros mas favorecidos que á sí mismos, se vuelven indiferentes con respecto á él; y apoderándose los malos entónces de su débil benignidad, hallan con ello mayores arbitrios para perderle. La ruina suya, con la del órden social, es el único fruto que

(1) *Si violandum est jus, regnandi causâ violandum est: in cœteris rebus pietatem colas.*

él saca de su inalterable bondad : y he aquí lo que Maquiavelo dice tambien á los principes : ¡ Quiera Dios que ellos se aprovechen de esto !

2.° El cargo que hacen á nuestro autor de haber dado lecciones *á las gentes de asesinato y envenenamiento,* encierra tantos errores como palabras. Primeramente no se mienta, aun históricamente, en todo su libro, ni siquiera un solo emponzoñamiento ; y es bien patente que no se imaginó este punto de calumnia contra él mas que por un exceso no menos de odio que de injusticia, á fin de hacerle aborrecible hasta el supremo grado ; supuesto que es cosa conforme con la naturaleza humana el aborrecer mas todavía el envenenamiento que el asesinato, del cual podemos defendernos á lo menos, y que supone la cobardía unida á la perversidad.

Se ven, en verdad, algunos asesinatos enel *Libro del Príncipe*, pero no se lleva razon en decir que ellos figuren allí como consejos. Se mientan como hechos históricos, para aplicar el modo con que algunos príncipes habian llegado á la soberanía, y conservádose en ella contra varios enemigos que hubieran atentado á su vida. Pero el referir diversas maldades con que un usurpador ó tirano consolidáron su autoridad, no es querer, absolutamente hablando, que cualquiera otro que estuviera en el mismo caso, se conduzca de la misma manera. Es simplemente hacerle vislumbrar que los crímenes con que él hubiera llegado al principado, podrian ponerle en la imposibilidad de mantenerse en él sin cometer otros nuevos ; y es al mismo tiempo dar á entender á las naciones que el malvado usurpador á quien ellas admitieran por príncipe suyo, no podria ser apénas en seguida mas que un execrable monstruo, y se conduciria como un sanguinario tirano.

Es falso en tercer lugar, aun en la suposicion de que el *Libro del Príncipe* encerrara lecciones de asesinato, que Maquiavelo las hubiera dado *al mundo* entero, como Voltaire lo dijo el primero en su prólogo del *Anti-Maquiavelo.* El *Libro del Príncipe* se compuso para Lorenzo de Médicis solamente ; y su autor impidió siempre que le hicieron público. Luego que, en el año de 1527, el partido popular hubo forzado á Lorenzo

á no gobernar ya como príncipe, y á no ser mas que el gefe de una república, juzgando entónces Maquiavelo que su libro era inútil y peligroso, trató de recoger y destruir la copia suya que él le habia entregado; y era la única que existia en Florencia (1). Ni aun pudo llegar á la noticia del público esta obra hasta despues de muerto el autor. Así pues, aun cuando fuera verdad que su publicacion hubiera sido para el *mundo* un irritante escándalo, la odiosidad suya no deberia recaer sobre Maquiavelo, sino solamente sobre el impresor pontifical de Clemente VII, y sobre este Pontífice mismo que la favoreció con una solemne aprobacion (2).

Por lo demas, no omitamos observar que, aunque Maquiavelo haya contemplado particularmente la condicion de los príncipes nuevos, porque no los habia mas que de esta especie á la sazon en Italia, no abandonó los intereses de los príncipes antiguos. Hemos

(1) *Veas.* Varchi: *Storia Fiorentina.* Colonia, 1721, pág. 85.

(2) *Veas. ántes,* pág. 16.

prevenido ya á nuestros lectores que los soberanos cuyo principado se hallaba legitimado por una larga sucesion de ascendientes en el mismo trono, ó por el unánime y libre consentimiento de los pueblos hallaban tambien en este tratado varias reglas de prudencia que aun se concilian con la mas íntegra probidad, y que ellos no deben dejar de seguir si no quieren correr el peligro de ser destronados. Es menester hacer tambien esta justicia á Maquiavelo, que son estas las que él explana con mayor complacencia, como podrá notarse en la continuacion de su obra y especialmente eu sus capítulos XIX y XX, en que demuestra á los príncipes la necesidad de conciliarse el amor de sus súbditos.

§. V.

Inducciones honrosas para Maquiavelo, sacadas de las diversas épocas en que el *Libro del Príncipe* tuvo detractores y apologistas, como tambien de la calidad bien diferente de los sugetos que le desacreditáron y de los que hiciéron su elogio.

Bastaria meditar bien el conjunto de las lecciones que Maquiavelo dió á todos los

príncipes de cualquiera especie, en la persona de Lorenzo de Médicis, para sospechar que los de nuestro siglo no pudiéron ser disuadidos de leerlas mas que por facciosos, á quienes importaba ocultarles los verdaderos medios de precaverse contra toda maquinacion antimonárquica. Pero esta sospecha se convierte en certeza, cuando se examinan individualmente las diferentes épocas en que el *Libro del Príncipe* fué desacreditado, y aquellas en que le elogiáron pomposamente, como tambien cuando se estudian á fondo los sugetos que le desacreditáron y los que se declaráron por apologistas suyos.

No nos detendrémos en los escritores eclesiásticos de la corte romana, que impugnáron las obras de Maquiavelo, porque todos ellos tuviéron motivos particulares, y aun personales que ya hemos dado á entender en parte. El primero fué aquel cardenal Raimundo Polo, cuya familia se habia perseguido y pregonado ademas su cabeza, por el rey de Inglaterra Enrique VIII; pero acusó simplemente á nuestro autor de haber favorecido mucho con sus escritos la política de este

monarca (1). Habiéndose conocido en Roma esta acusacion referida sucintamente en aquella *apologia* de su tratado de *la Unidad de la Iglesia*, que él dirigió al intrépido Carlos quinto, exhortándole á volver sus armas contra el monarca ingles, estimuló allí naturalmente contra Maquiavelo el zelo del activo inquisidor Ambrosio Catherin Lancelot Politi de que llevamos hecha ya mencion. Nos hemos dispensado, por motivos semejantes con corta diferencia, de ventilar el valor de los tiros por otra parte sumamente débiles y aun ridículos, que muchos jesuitas dirigiéron despues contra la memoria de este insigne estadista. En aquel año mismo en que Clemente VIII enviaba, á su legado en Francia, una bula, mandando que los católicos franceses desecharan á Enrique IV, y procedieran á la eleccion de otro

(1) Se hizo en el año de 1744, en Brescia, una nueva edicion suya con este título: *Apologia ad Carolum V Cæsarem, super librum de unitate ecclesiæ.* (*Brixiæ*). En el *Apéndice histórico* que seguirá á este discurso, se verá á que se reducian los cargos que el cardenal Polo hacia á Maquiavelo.

rey, es á saber en el de 1592, el primero de estos agresores jesuitas, el P. Possevin, aun sin haber leido el *Libro del Príncipe*, se desenfrenó contra él. Le imitáron en el año de 1597, sus hermanos Luchesini y Ribadeneyra y algunos años despues los PP. Raynaud, Binet y otros que residian en Baviera (1). No consistiendo apénas las pretensas refutaciones de estos religiosos mas que en injurias, no son mas dignas de consideracion que aquella con que el prelado portugues Osorio se habia adelantado á la diatriba del P. Possevin, y la que Bozio, padre del Oratorio, hizo despues, confesando sin embargo que él no habia escrito contra Maquiavelo mas que para obedecer á la corte romana (2).

Echando á un lado estas débiles escaramuzas de su tropa ligera, para dedicarnos á los únicos detractores filósofos que hacen ahora la mayor impresion en los espíritus, vemos que todos ellos fuéron declarados enemigos de la autoridad monárquica, y que sus críticas

(1) Veáse el *Apéndice histórico*.
(2) Ibid.

del *Príncipe* de Maquiavelo no eran mas que unas justificaciones de la rebelion fomentada por ellos mismos contra el trono de nuestros reyes.

El primero de esta clase de detractores se presentó en el tercer año del turbulento reinado de Enrique III, el de 1576, cuando los calvinistas daban otra vez principio á las guerras contra su autoridad; y que el duque de Alenzon, al que el rey acababa de perdonar una conjuracion contra su persona, se ponia al frente de los rebeldes. Fué el calvinista delfines Inocencio Gentillet, que cómplice de la sublevacion de los Hugonotes de su provincia, iba á refugiarse al mismo tiempo en Genebra bajo los auspicios de Calvino. El *Discurso* que él publicó contra Maquiavelo, está precedido de un aviso al duque de Alenzon, al cual confesaba con pesar que el monarca sacaba sumos beneficios de este autor para embarazar su rebelion.

La segunda impugnacion se hizo con el mismo motivo y en el mismo sentido, tres años despues (el de 1579), por otro enemigo del trono, tránsfugo tambien de una especie

semejante; cuya impugnacion se halla en la famosa declaracion de guerra, que él publicó en Alemania contra el trono, con el título de *Vindicia contra tyrannos*, con el nombre pseudónimo de *Stephanus Junius Brutus Celta*. El haber nombrado esta horrenda obra, es casi haber vengado ya la doctrina de Maquiavelo, que él tiraba á hacer execrable.

Fué respetada en los reinados de Enrique IV; Luis XIII y Luis XIV, en que Villeroi, Richelieu y Mazarin sacáron de ella tan útiles lecciones para la seguridad del trono y la prosperidad de la Francia. Pero en la aurora de la infausta filosofía del siglo décimo octavo, en el año de 1720, vino á dar Bayle la señal de una nueva guerra contra Maquiavelo, recogiendo, en su diccionario, todas las antiguas calumnias de los jesuitas contra él, y añadiéndoles cuantas le fué posible inventar (1). Yendo acorde en su odio contra los tronos la filosofía del ateismo, que fué la de nuestra edad, con el calvinismo, al que ella miraba como la filosofía del siglo diez y seis, no podia

(1) Véase el *Apéndice histórico*.

menos de condenar á nuestro autor á la execracion. Voltaire, que para hacerse oráculo suyo, se formaba entre los ingleses en la escuela anti-monárquica de Milton, Collins y Pope, publicó allí bien presto (en el año de 1740) aquel *Anti-Maquiavelo*, que él hacia mirar como la obra de un rey; y la faccion filosófica triunfaba presentando, en subando, á un monarca el cual mismo declamaba contra todos los preservativos de los tronos. Adelantándose sin embargo este mismo rey en su sobresaliente carrera, adquiria el nombre de *grande*, cabalmente siguiendo la misma política y sistemas que le suponian impugnar con su pluma. Desdeñándose este soberano de confundir semejante error de otro modo que con su gloriosa conducta, hizo bastante para acabar de desengañar de él al público, y aun para dar lustre á Maquiavelo, probando que aquella obra era agena de sus producciones literarias, cuando permitió que se imprimiera su coleccion en vida suya. Los editores de la nueva coleccion, que de ellas se publicó despues de su muerte, diéron el mismo desaire á Voltaire. Sin embargo aquel *Anti-Maquiavelo*,

todavía favorecido con la misma ilusion, tenia siempre el efecto que la faccion se habia prometido; y adelantó mas que lo que se discurre los negocios de aquellos filósofos regeneradores, por quienes se denunciaban ya los soberanos á los pueblos como unos tiranos cuyo yugo era necesario sacudir, ó cuya potestad convenia atar.

No merece la pena de acusar aquí á los abecedarios históricos, que multiplicándose en la época de nuestra revolucion, presentáron á tantos compiladores la ocasion de amontonar, con sumo contento de los facciosos, cuantas calumnias se leian en otras partes sobre Maquiavelo; y nos basta con haber demostrado que los motivos, bien reconocidos de sus detractores principales que los otros no hiciéron mas que copiar, se convierten en gloria de su doctrina, sin que esta haya podido recibir la mas mínima ofensa con sus frívolos raciocinios. ¿Que será cuando demostremos en seguida que este famoso estadista, que de una parte, no tuvo mas que á enemigos sospechosos, fué defendido victoriosamente, de otra, por verdaderos sabios,

amantes del órden social; y que lo fué precisamente en un tiempo en que fuertes conmociones populares hacian desear que la autoridad monárquica supiera apagar el espíritu de rebelion, afirmar el trono, y establecer perfectamente la calma en la sociedad?

Los mas célebres apologistas del *Libro del Principe* fuéron, en el año de 1508, Alberico Gentil (1); en el de 1640 Gaspar Sciopio del que los jesuitas dijéron tambien mucho mal (2), y en el de 1650, el Corringio (3). Pero la tremenda conjuracion de las pólvoras, en In-

(1) Catedrático de derecho en Lóndres: en su tratado *de Legationibus*.

(2) Veáse su *Machiavelicorum operæ pretium*, de que Apóstolo Zenon, que le habia leido en manuscrito, hizo un tan gran elogio en sus anotaciones á las obras de Fontanini, tom. 1, pág. 207. Vengando el cardenal Belarmino á este autor contra el odio de los jesuitas, alaba en él *Peritiam scripturarum sacrarum, zelum conversionis hæreticorum, libertatem in thuano (de Thou, historia) reprehendendo sapientiam in rege anglicano exagitando, etc. etc.*

(3) En el prólogo de la traduccion latina del *Libro del Principe*.

glaterra, acababa de poner allí en peligro al muy confiado hijo de la desafortunada María Stuart (1); los protestantes de Austria ligados con los de Hungría, se subleváron contra el rey Matías; Sigismondo acababa de ser despojado de la corona de Suecia por Carlos de Sudermania; y perdonando todavía el muy clemente Enrique IV á varios famosos conspiradores, dejaba tomar alientos á la mano, que, de allí á dos años, iba á darle de puñaladas, cuando Alberico Gentíl creyó deber componer, para la salud de los monarcas y la paz de la Eu-

(1) Habiendo sido acogido este monarca, que reinaba en Escocia ántes de venir á reinar en Lóndres, con extraordinarias aclamaciones en esta ciudad, un buen Escoces, que la presenciaba, no pudo menos de esclamar con inquietud: « ¡ Ah! ¡ Justos cielos! estos necios van á echar á perder á nuestro buen rey ». Lo que le hacia mas necesaria la lectura de Maquiavelo, era la estrema bondad de su genio. Hombre por otra parte instruidísimo en las materias agenas del arte de gobernar, y fecundo en amables réplicas, se dejaba gobernar sin atender al mérito ni á la verdad.

ropa, su *apología del Príncipe* de Maquiavelo. Richelieu acababa de quitar á los calvinistos su postrer antemural (la Rochela), y de impedir que viniera al socorro suyo la Inglaterra, promoviendo disturbios intestinos en ella, con las sublevaciones que él estimulaba en la Cataluña y Portugal; desterraba de la Francia las horrendas resultas de la guerra que le hacia por todos lados la España; afirmaba, con ruidosos actos de severidad, el trono de su rey; y se habia hecho, por su vasta política en los intereses de su pais, el motor invisible de todos los gabinetes de la Europa, cuando Sciopio ensalzó el *Libro del Príncipe*, que le parecia haber dictado operaciones tan necesarias como ellas eran grandes y sublimes. Ultimamente, luego que el Corringio tuvo por urgente restaurar el honor de las lecciones de firmeza y prudencia, que Maquiavelo habia dejado para los príncipes vacilantes, ó nuevamente entrados en la soberanía de sus mayores, igualmente que para los nuevos principes, Mazarin, á quien él no hubiera desconocido mas por discípulo que por com-

patriota suyo (1), justificaba su doctrina por el modo eficaz con que él consolidaba la potestad de Luis XIV, y daba principio al gran reinado; Monck en Inglaterra, practicaba con fruto, para la próxima rehabilitacion del honor de su patria, las maniobras indicadas por

(1) La Italia, que fué, para lo restante de la Europa, la señora de las ciencias en el siglo diez y seis, fué tambien la cuna y escuela de los mayores estadistas que se viéron entónces, aun en otras partes. Todos se enlazan, por su orígen ó estudios, con la patria de Maquiavelo. Allí habia bebido el cardenal Ximenez los primeros elementos del arte de gobernar á los hombres. En Roma escribió el cardenal d'Ossat las mas de aquellas cartas que se miran como obras maestras de la ciencia política. Richelieu, nacido en Francia, no manifestó talento ninguno sobre esta materia mas que á su regreso de Italia. No tenemos precision de traer á la memoria que el famoso Alberoni era Italiano. Sciopio se habia formado político en la ciudad misma de Roma; é igual instruccion, habia adquirido en Italia aquel canónigo Gabriel Naudé, en cuya ciencia tenia el cardenal Mazarin tanta confianza.

nuestro autor; la monarquía se restablecia allí, y hecho volver Cárlos II á su capital, subia al trono de su desgraciado antecesor..... Estas son las circunstancias en que es menester, mas que nunca, leer á Maquiavelo, y en que puede conocerse mas el valor de sus consejos.

Podríamos hacer otros cotejos semejantes entre los demas defensores suyos y los tiempos en que vivian; pero abandonando estas comparaciones á la inteligencia de nuestros lectores, nos cenirémos á observar, que todos los otros apologistas suyos fuéron hombres que pasaban por profundamente instruidos en la ciencia política, y por buenos patricios. Tales fueron 1°. en el año de 1683, Amelot de la Houssaie, que habia residido por mucho tiempo en Venecia como secretario del hábil embajador de Francia, el presidente de Saint-André (1); 2.° en el de 1731, el docto Federico Cristio, catedrático de derecho en Leipsick, en una

(1) Véase el prólogo de su traduccion del *Libro del Principe*.

obra compuesta *ex profeso*, y en que defendió victoriosamente á Maquiavelo (1), 3.º en el de 1779, el abate Galiani, de Nápoles, al que sus relaciones con los filósofos reformadores de Francia habian puesto en la confidencia de sus designios (2); 4º finalmente, casi en vísperas de nuestra revolucion vaticinada ya, el juicioso autor del elogio de Maquiavelo, que se halla á la cabeza de la edicion de sus obras, publicada en Florencia el año de 1782 (3).

(1) Publicado en Leipsick, el mismo año.

(2) Discurso compuesto para ponerle á la cabeza de una nueva edicion italiana de Maquiavelo, y publicada en Nápoles el año de 1779.

(3) Si no hubiéramos creido deber ceñirnos à las apologías que forman otras tantas obras particulares, pudiéramos prevalecernos tambien de los honoríficos votos que diéron á Maquiavelo otros muchos literatos, eminentes en ciencia, tales como Mateo Toscan, Justo Lipsio, Bayle mismo, Francisco Bacon, Contelman y Monseñor Bottari, uno de los mas doctos prelados de la corte de Benedicto XIV.

§. VI.

Si es verdad que Maquiavelo haya desdeñado la religion; que la haya desterrado de sus sistemas políticos; y finalmente que haya tenido jamas las ideas de un ateista.

El último hecho con que, en la acusacion de irreligion contra Maquiavelo, se llega al mas alto grado á que pudiera llegarse, nos da motivo para recordar á nuestros lectores que ya han visto en los precedentes con que industriosa perfidia la malignidad les habia añadido cuanto era propio para agravarlos. Llevada aquí la precaucion hasta el exceso, no servirá mas que para quitar el velo enteramente al odio y perversidad de los enemigos de Maquiavelo. Temiendo que una ordinaria acusacion de irreligion, no disuadiera harto eficazmente de la lectura de sus obras, en que se hubiera descubierto toda la abominacion de sus calumnias, quisiéron hacerlas irrevocablemente repugnantes, uniendo á su nombre el extremo horror que el ateismo infunde á todos.

Bayle, en cuyo diccionario bebiéron todos nuestros modernos biografos esta impostura es el primero que la haya acreditado; y no la acredito mas que en cuanto ella convenia al sistema ateista de su obra. Habia hallado, es verdad, algunos elementos suyos en ciertos escritores anteriores; pero estos elementos no habian podido menos de parecer débiles y sospechosos á su juicioso talento; y lo que prueba que él los tuvo por tales, es que creyó deber corroborarlos con la falacia de una autoridad de invencion suya, para hacer creer que Maquiavelo habia muerto como ateista. Oponemos desde luego á este hecho un monumento histórico de la mas incontrovertible autenticidad, con el que se demuestra evidentemente que este insigne estadista murió como verdadero hijo de la iglesia católica (1); y vamos á hacer ver, por medio de sus escritos mismos, que, durante el curso de su vida, estuvo muy distante de tener las ideas de un incrédulo ó impío.

El sucesivo orígen de las diversas partes

(1) Veáse adelante el *Apéndice histórico*.

agravantes de la acusacion que ventilamos, es tan curioso y propio para hacerla apreciar, que no podemos menos de notar las circunstancias de esta progresion. No consistió ella, á los principios, mas que en el cargo hecho á Maquiavelo por algunos teólogos que no le habian leido bien, de no considerar la religion mas que bajo el aspecto político en su doctrina del gobierno de los estados. Irritado su zelo, y pronto á dar odiosas calificaciones á los que se apartaban algun tanto de sus opiniones, llamó *hijos de Lutero y maquiavelistas* á los estadistas que, venerando sin embargo la religion y aun invocándola en socorro de los gobiernos, no pensaban que cualquiera principado deberia gobernarse como una teoeracía. No teniendo estos piadosos metafísicos idea ninguna de la ciencia práctica del gobierno de los estados, podian desaprobar ciertamente que Maquiavelo hubiese dicho que, no es posible conservarlos con oraciones y rosarios (2); pero podemos ser muy

(2) *Che gli stati non tenevano con Pater-Nostri.* Hist. Florent., lib. VII.

bien de su parecer sin faltar á la fe católica.

Debiendo convenir las máximas generales de la política á todos los paises y estados, cualquiera que sea su creencia particular, no pueden considerar casi la religion mas que en general, y bajo el aspecto de la utilidad que deben sacar de ella los gobiernos. Aquellos medios suyos que, de hecho, son mas eficaces contra la perversidad de los hombres que ellos tienen que regir, consisten en la prudencia y fuerza de los gefes del estado. No es de hoy dia que se dice, sin dejar de ser irreprensible en materia de doctrina, que la religion es el suplemento de las leyes, y que por consiguiente las leyes y la fuerza que hace observarlas, la mano de la justicia y la cuchilla deben ocupar ámbas manos de los reyes. La religion, sin duda, debe hallarse presente en sus ánimos para dirigir el uso que hacen de estos dos atributos de la dignidad real; pero desgraciadamente es menester confesar que si el príncipe dejara enteramente al cuidado de la religion sola la conservacion del órden y la seguridad de su persona, sin emplear los medios cuya fuerza, con respecto

á los hombres mas sensibles á las cosas materiales que á las morales, es muy superior á la de la religion, quedaria disuelta bien presto la sociedad, y arruinado su trono. Pudimos convencernos de esta cruel verdad por experiencia en los primeros actos de nuestra revolucion, en que respetando los enemigos del trono todavía las aras, mostráron que les importaba mas comenzar despojando al monarca de su fuerza y medios coactivos. Por lo mismo el tan virtuoso como desgraciado Luis XVI, en vísperas de verse arrancar la vida por los que acababan de robarle las reliquias de su potestad progresivamente usurpada por los antecesores de ellos, recomendaba á su hijo, si en algun tiempo llegaba á reinar, que no dejara sujetar la suya. « Un rey, le decia, en su adorable testamento, aquel eterno monumento no menos de sabiduría política que de heroica piedad, un rey no puede hacer respetar las leyes y obrar el bien que está en su corazon, mas que en cuanto tiene la necesaria autoridad; de otro modo, se ve atado en sus operaciones; y no infundiendo ya respeto, es mas perjudicial que útil ».